

Signos

ANUARIO DE HUMANIDADES

Año VII, tomo II, 1993



UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA División de Ciencias Sociales y Humanidades

Departamento de Filosofía

Hacia una lectura social de *Los parientes ricos*

LILLIAN VON DER WALDE MOHENO

Al relacionar a las dos familias Collantes de *Los parientes ricos* (1902),¹ Rafael Delgado (1853-1914) contrapone a la gran y a la pequeña burguesía, o en otros términos, a la clase alta y a la media. Esta relación familiar asimismo permite al escritor dibujar dos entornos diferentes: el cosmopolita y el provinciano.

En lo que concierne al estrato social más privilegiado monetariamente, la novela muestra o bien su falta de principios o bien su desbarajuste moral. Don Juan, producto nefasto de la sociedad capitalista que ha dado forma el liberalismo, es el típico representante de la gran burguesía que, por un lado, se aprovecha del orden económico vigente y, por otro, niega los proyectos liberales de progreso y de desarrollo nacional.

En efecto, el nuevo orden burgués logrado en virtud del programa liberal, permitió el ascenso económico del "conservador" (p. 26) don Juan. El hecho de que Delgado indique la filiación política caracteriza al personaje: implica que éste niega los principios liberales que van transformando a México, pero que se beneficia de los resultados de llevarlos a la práctica.

¹ Utilizo la siguiente edición: Rafael Delgado, *Los parientes ricos*. Ed. y pról. de Antonio Castro Leal. 5a. ed., Porrúa, México, 1982 (Escritores Mexicanos, 6). En cada cita que haga del texto sólo anotaré la página correspondiente entre paréntesis.

Don Juan no busca otra cosa que el lucro. Así, el dinero no cumple la función que el liberalismo otorga al capital: el progreso del país. Para ilustrar lo dicho, basta recordar el inexistente propósito de don Juan de invertir en "mataderos, aguas potables, entubaciones y avenamientos" (p. 92) para Pluviosilla. Pero este personaje no es el único capitalista que atenta contra el desarrollo nacional, sino que la crítica del escritor veracruzano se extiende a toda la clase económicamente dominante —ya provinciana, ya de la Ciudad de México. Para ejemplificar, es suficiente esta cita:

[...] entre los monopolizadores de la propiedad urbana; entre los ricos que no gustan de pagar impuestos, por mucho que éstos sean para ellos motivo plausible de medros y lucros, y como si los gastos públicos hubieran de ser hechos por arte de birlibirloque; entre los jiferos enriquecidos, entre los comerciantes dados al fraude, la llegada del millonario y los proyectos que se le atribúan, habían puesto inquietud y alarma. [...] sin duda alguna que el H. Ayuntamiento [...] tendría que subir el impuesto sobre la propiedad urbana; y la organización del Matadero, y con ella la sujeción de los jiferos a un reglamento estricto, el cual [...] sería severísimo, las ganancias de algunos en lo futuro irían a menos [etc., etc.] (p. 91).

La posición de Delgado es clara: avala el proyecto liberal de progreso del país, de ahí su incisiva crítica contra esos malos representantes del sistema (y sus servidores: ciertos sectores de la prensa), quienes se benefician del nuevo orden sin coadyuvar a la realización del programa liberal.

La desmitificación de la clase alta igualmente se ve en la acción negativa que ejerce sobre la clase media, sobre esa materia prima novelable de la que hablaba Galdós. En efecto, los Collantes provincianos poco a poco irán siendo despojados: las mancerinas, la herencia, el honor. Como se observa, no sólo se liquida económicamente a la familia provinciana, sino que se la degrada. La convivencia entre los dos estratos parece imposible. Y es que buen número de elementos de la gran burguesía ha perdido el código de valores ético-religiosos que aún

prevalece en los Collantes provincianos. Los parientes ricos, con excepción de Alfonso, giran alrededor del dinero, lo que los conduce al oportunismo, a la frivolidad y a la inmoralidad. No en balde habitan en esas "ferias de vanidades" que son, para el autor, las grandes urbes: México y París.

La importancia concedida al dinero, aunada a la carencia de un código de valores, conduce a la abyección (don Juan y doña Carmen), o bien propicia la formación de seres como María, Juan y Alfonso.

Los tres hijos de don Juan son producto de ese medio vano en el que han crecido, donde lo único que posee importancia es el poder que da el dinero. María, representante del lujo, la irreligiosidad y la frivolidad. Juan, un señorito calavera vertido hacia el exterior para burlar su fastidio, que corrompe muchachas casi por deporte. Y Alfonso, un desengañado del mundo y sus placeres, a más de dolido por la frustración amorosa.

Como se aprecia, los dos vástagos de don Juan poseen rasgos netamente románticos. Después de todo, como Delgado hace decir a Alfonso en relación con la 'novela' de su vida amorosa, romanticismo y realismo "no son términos antitéticos" (p. 235).²

El romanticismo del escritor veracruzano se encuentra en la presentación de personajes que responden, de diferente forma, a un entorno social viciado. Juan lo hace a la manera de un don Juanito zorrillesco. Es la expresión de cierta rebeldía romántica, en virtud de su conducta suficientemente al margen de algunas normas, un tanto blasfema y perversa. Sin embargo, no llega a los extremos injuriosos del Tenorio de Zorrilla, ni tampoco se ve salvado por la fe, por el amor. Hay un

² Y, en efecto, no lo son. La mayoría de las novelas realistas —ya americanas, ya europeas— presentan una serie de elementos románticos. Por ello Ricardo Navas Ruiz ha manifestado la necesidad de "enfocar de modo diferente el realismo que muchos han dado en definir como reacción antirromántica. No hay tal". (*El romanticismo español*. 3a ed., Cátedra, Madrid, 1982, p. 38).

conato de redención: la paternidad. Mas ésta no es en verdad plausible porque su ser está ya determinado a responder con más inmoralidad aún, al medio inmoral en el que se ha formado. Es, pues, Juan, un personaje romántico a la manera en que define Lista (si bien no con todas sus dimensiones): "El hombre entregado a la energía de sus pasiones, sin freno alguno de razón, de justicia, de religión".³

En Alfonso, por el contrario, sí es factible la redención. Su caracterización se enmarca dentro del prototipo romántico del ser superior que ha sido golpeado por el mundo vano, y ha conocido la imposibilidad de la realización amorosa. Tópicos éstos románticos como lo son sus efectos: la soledad, la huida melancólica, el dolor, el afán de ruptura con los lazos de la sociedad, y la añoranza por una vida mejor. De esta manera, Alfonso se convierte en un representante más de la angustia existencial romántica, en virtud de una vida resuelta en fracaso; testafarro, pues, de ese "mal del siglo" del que se habló en el XIX, de ese cansancio vital, de la desazón que trae el existir en una sociedad corrupta y vacía.

La posibilidad de salvación de Alfonso reside en el anhelo de pureza del hombre superior que se opone al medio: él es un ser moral. El amor de una mujer no perteneciente al mundo en el que ha crecido, esto es, con valores ético-religiosos, y la tranquilidad provinciana ofrecen la esperanza de redención para ese ser que es, como dije, eminentemente moral:

Soy un ser necesitado de cariño, sediento de afectos delicados, para quien la vida es ingrata, para quien sería bastante un hogar modesto, lejos de las frivolidades de una sociedad superficial y vana (p. 262)

arrastrado inconscientemente de salón en salón por el asfalto de las aceras de París, sentía que su alma marchita podía recobrar aromas y colores en el retiro de los campos, entre aquellas montañas del valle de Pluviosilla (p. 49)

³ Cit. por Russell P. Sebold, *Trayectoria del romanticismo español. Desde la Ilustración hasta Bécquer*. Crítica-Grijalbo, Barcelona, 1983, p. 46.

Como se ha podido comprobar, el realismo de Delgado no se opone a ciertas caracterizaciones románticas (incluidas las físicas). Lo que el autor intenta rechazar es la imaginación romántica folletinesca, aunque no siempre lo logra. Desea, como su personaje Margarita, apartarse de lo cursi: "¡Dios me guarde de ello, si poetizar es decir sensiblerías cursis!" (p. 322). Sin embargo, no pocas veces las descripciones que Delgado pone en diferentes voces, las conceptualizaciones amorosas de algunos de sus personajes, etc., son terriblemente cursis. Pero sí se aleja del folletín en el sentido de que no hay más un convenio entre el escritor y el público para sufrir un rato, al cabo del cual, obtener un final feliz. El folletín es, para el autor, apartamiento de la realidad, obsolescencia literaria. Hay que observar la vida, la cual no se resuelve en *happy endings*, en matrimonios espectaculares, en recepciones de cuantiosas herencias, en descubrimientos de nobleza de sangre. No, la vida no tiene un final feliz, pero tampoco hay una fatalidad inexorable al estilo del naturalismo. De acuerdo con el realismo de Delgado, hay una caída, pero ésta no es, no tiene por qué ser mortal. Es simplemente dolorosa. Margarita lo sabe, aunque el lector la descubre más optimista que su creador. Dice, citando a De Mad Craven:

La vida no puede ser nunca enteramente feliz, porque no es el cielo, ni eternamente desgraciada, porque no es más que el camino que al cielo nos conduce (p. 319)

Y en otra ocasión:

mira en quién pones tu amor y en quién fijas tus afectos. Eres demasiado romántico... Primo: ni novelas lamartinianas, ni novelas de Zolá... La vida no es perfectamente buena ni perfectamente mala... (p. 239)

No es perfectamente mala, sin embargo, se cae. Y ello por la existencia de un mundo falso de lucro y ostentación, que se opone al logro de la verdadera felicidad: el trabajo honrado, el catolicismo sincero, el hogar modesto, la sencillez, la honesti-

dad amorosa, etc. Todos estos valores constituyen, para Delgado, la moralidad a seguir, y están representados por la familia Collantes provinciana. No obstante, la familia se verá rebajada debido a su asociación con la otra esfera social carente de un código ético. La moralidad nada puede hacer frente a la corrupción, y no tiene poder redentor.

La gente con valores morales, parece querer decir el novelista, debe apartarse de esa alta burguesía y los oportunistas que la rodean (entre ellos ciertos sacerdotes —desde luego, no jesuitas), si ha de permanecer sin mácula. Doña Dolores y sus hijos no lo hacen, a pesar de las premoniciones y los oportunos consejos del padre Anticelli, y así les va. El alejamiento será al final, pero el daño ya habrá sido causado.

La crítica de Delgado también se dirige contra cierto sector de las capas medias, que admira el tipo de vida de los Collantes de la Capital. Este es un sector descrito mediante Conchita Mijares, quien no sólo poseía un "sentimiento religioso [...] muy limitado" (p. 300), sino que además su "sentido moral [era] muy débil" (*idem*). Se observa, a través de este personaje, un resquebrajamiento del código de valores por la incidencia negativa de formas de vida que ha permitido un nuevo orden económico —orden que no tendría por qué ser malo; por el contrario, podría ser netamente eficaz si se evitara el lucro personal y se conservaran una moralidad tradicional y unas rígidas costumbres.

Conchita Mijares vive deslumbrada por lo que es, según la visión del mundo del autor, deleznable. En este sentido, su segura perdición es consecuencia de sus trastocados valores: mientras que la desgracia de los Collantes provincianos, es consecuencia de su ingenuidad. De todas formas, siempre hay una relación antagónica en el interior de la burguesía, entre las capas alta y media —esta última, con o sin código. Dicha oposición resulta en un perjuicio de la esfera media; en el triunfo infame, debido al engaño y la manipulación, de los económicamente poderosos.

Delgado escribe sobre y desde la burguesía; sin embargo, un personaje de otro estrato social, apenas mencionado en el grueso de la novela, adquiere gran importancia, se reviste de un carácter heroico. Obviamente me refiero a Filomena, la criada. Ella ofrece salvar a la familia de doña Dolores de la vergüenza social, al pasar como madre del hijo de Elena. En un momento, según señala el narrador omnisciente, la sirvienta razona que "para ella la sociedad no significa nada... [Después de todo] ¿Qué era ella en el mundo? ¡Un cero, nada! [...] A la desdicha suya, a su orfandad, bien podía unirse la deshonra..." (p. 336).

La anterior cita se dispara semánticamente en dos direcciones:

a) La sociedad no significa nada para Filomena, dada la inexistencia de una familia a la que pueda manchar.

b) La sociedad no significa nada, en virtud de que, como el autor hace decir a la criada, ella es un cero a la izquierda. Esta lectura remite a la condición social. La sociedad nada implica, en cuanto que Filomena no se ve sujeta a sus juicios. Así, la sociedad a la que se hace referencia es la esfera burguesa, la cual posee una normatividad social que exige a sus miembros femeninos guardar la honra, o al menos, aparentar guardarla.

Ciertamente, una huérfana burguesa no podría decir que para ella no tiene mayor sentido la sociedad, ni tampoco afirmaría ser un cero, una nada. De esta manera, la segunda lectura parece ser la más apropiada, no obstante que el escritor, quizá por cierta condolencia clasista, la vela.

La verdad es que la entrega heroica de la muchacha se ve facilitada por su condición social y no por su carácter de huérfana (la huérfana burguesa no lo haría). Filomena se ve libre de la normatividad mencionada; después de todo, hablando en términos burgueses —posición del autor—, ella es una criada.

Como comentario al margen conviene señalar que el deshonor familiar que acace por tener un hijo fuera del matrimo-

nio, es producido exclusivamente por las mujeres. Los hombres no causan tal vergüenza, de ahí que la posible salvación de la familia frente a la sociedad pueda darse diciendo que el hijo por venir es de Pablo Collantes y la sirvienta. Código —como todos— represivo; pero, para colmo, no igualitario. Victimiza sólo al género femenino (y burgués). Lo mismo sucede con la deshonra causada en la familia de Conchita Mijares; la de don Juan queda incólume: es otra “calaverada” de Juanito, que no afecta en lo más mínimo. Realista Delgado, sin duda alguna. Machista como la sociedad en la que le tocó vivir.

Por otra parte, deseo destacar nuevamente la concepción clasi-
sista de la novela. Valores tales como la decencia, el honor, la religión, etc., son conceptos que se aplican a una capa social: la burguesía. Si ésta carece de ellos, se la juzga; si los posee, se la admira; si se pierden por ciertas infamias, se la compadece. Del otro estrato, la clase baja, nada se sabe. Filomena no es buen ejemplo. Ella es el resultado de la formación burguesa de la clase media, y a ésta probablemente le deba la capacidad de indignarse —no obstante su “limitación intelectual” (p. 337)— “contra la maldad, contra la vil escoria humana, contra la inmunda materia” (p. 338). De ser cierto lo anterior, en último análisis su conducta heroica viene a ensalzar a la clase que la ha formado, lo que se ha hecho, de alguna u otra manera, a lo largo de la obra.

En el final de la novela el narrador desaparece. No se nos informa si los Collantes provincianos aceptan o no la propuesta de la sirvienta. Pero la visión del mundo del autor ha sido suficientemente explícita a lo largo del libro; quizá por ello Delgado considere que es innecesario indicar el futuro de la familia. De acuerdo con su visión, tan codificada en todo el texto, los Collantes provincianos aceptarán el ofrecimiento de Filomena precisamente porque se trata de una criada. Así como no les importó dejarla con un desconocido en la estación del ferrocarril, tampoco será muy grande su cargo de conciencia por el sacrificio de la huérfana. La normatividad social los rige a ellos, ellos resienten las consecuencias de su incumplimiento.

Antes de concluir, desco reiterar que Delgado posee un sistema de ideas sumamente determinado. Las capas altas de la sociedad han perdido una serie de valores, mientras que algunos sectores de las medias todavía los conservan. Las relaciones entre ambos grupos no pueden ser sino antagónicas.

Ahora bien, esta extrema codificación del sistema de ideas del autor, hace de *Los parientes ricos* una obra bastante plana. En efecto, la ideología de Delgado ha incidido muy fuertemente en la estructura de la intriga y en la caracterización de los personajes, de tal suerte que no hay mayor novedad. Cada capítulo revela la futura desgracia de los Collantes de Pluviosilla; en ningún momento se suelta la historia, se duda, se hace sólo probable. No, ésta ha estado determinada desde el principio, y el lector únicamente lee lo que ya espera. En lo que concierne a los personajes, éstos asimismo aparecen como realización de una idea preconcebida; en otras palabras, no están contruidos como la posibilidad de desviaciones significantes. Por consiguiente, es posible afirmar que la caracterización tiene como objeto mostrar una tesis, y no referir al ser humano —en todas sus contradicciones, en toda su profundidad.

Pero en fin, el propósito de Delgado es reflejar una problemática social por él observada. A diferencia de muchos de los autores de vanguardia, que ya no tienen una verdad en la mano, él brinda una respuesta: el orden económico capitalista (no son en balde las descripciones de la industriosa Pluviosilla), y los valores tradicionales representados por los Collantes de provincia.

LILLIAN VON DER WALDE MOHENO. Estudió el Doctorado en Literatura Hispánica en El Colegio de México. Profesora-investigadora, titular “C” en la UAM-I., se especializa en la literatura española medieval y de los Siglos de Oro, con incursiones en otros campos. Ha publicado 18 artículos de investigación, dos libros y coeditado cuatro más. Es miembro del SNI y asesora del Fondo Ruiz de Alarcón y el Teatro de su Tiempo. Codirige la revista *Medievalia* y co-organiza anualmente el Coloquio Internacional “Jornadas Medievales”.